

SUMARIO

Por el buen camino.—El combate de la infantería japonesa, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Una carta interesante, por Un aspirante á veterano.—Los idiomas extranjeros desde el punto de vista militar.—La iniciativa y la responsabilidad, por el Capitán Subrió Escápula.—El ejército ruso juzgado por un oficial alemán.—**BIBLIOGRAFÍA:** Appeal to President Roosevelt in behalf of Simon Lake to cancel certain Holland submarine boat contracts and to enforce the statutory and criminal of the United States; por J. C. Lake.—Nociones elementales de artillería naval, por Arcaya Minchin.—El infante instruido, por don José Ruíz Serrano, primer teniente de Infantería.

Se acompañan los cuadernos 51 y 52 de **La Guerra ruso-japonesa.**

POR EL BUEN CAMINO

Varias veces se ha dolido la REVISTA de la sequedad y falta de expresión del estilo oficial, reducido á unas pocas frases amaneradas y frías, que no determinan nunca el grado real y preciso del mérito ó de la falta. Empeñados asimismo en tener reglamentadas, previstas y clasificadas todas las minucias, detalles é insignificancias del servicio, cuando ocurre algún hecho que se sale, en bien ó en mal, de lo usual y corriente, nos esforzamos, al darle forma oficial, en vestirlo de aquellas voces rebuscadas y poco espontáneas á que, sin darnos cuenta tal vez, nos hemos acostumbrado, y si esto es imposible de todo punto solemos valer nos del artificio de dictar una disposición de carácter general ó de referirnos á tal ó cual reglamento de nuestra abundante, copiosa y riquísima legislación.

Lo peor es que el mal no se reduce á la forma, sino que deja sentir sus efectos en la misma esencia y en el sentido del escrito, despojándolo de aquellas cualidades de espontaneidad y sinceridad, reveladoras de la existencia de un alma, y de la satisfacción, del agrado ó del enojo de quien puede dar tales manifestaciones del espíritu.

Esta viciosa y equivocada manera de proceder, que se ha ido extendiendo insensiblemente en todos los ramos de la administración, y que no data de tan antiguo como á muchos parece, sería de fácil remedio si acudiéramos al inagotable arsenal de nuestro expresivo lenguaje epistolar, limpio de lugares comunes y de expresiones vulgares ó demasiado familiares.

Más difícil es corregir lo que atañe al fondo del asunto; por eso son dignas de aplauso dos Reales Ordenes que han aparecido recientemente en el *Diario Oficial* del Ministerio de la Guerra, y que á muchos habrán

tal vez quedado inadvertidas, como tantas otras sin alcance que ocupan mayor número de líneas de aquel diario.

Por la primera, se autoriza al general de división don José Ximénez de Sandoval y Bellanga, para utilizar en substitución del ros y del casco otra prenda más ligera, la gorra teresiana reglamentaria, en todos los actos del servicio y fuera de ellos, fundándose para ello en las grandes molestias que aquellas prendas ocasionan al referido general, «al gravitar sobre las cicatrices que tiene en la parte anterior y lateral derecha de la cabeza, producidas á consecuencia de una herida de carácter gravísimo recibida en la campaña de Cuba».

Por la segunda Real Orden se autoriza al teniente general de la sección de reserva, don Marcelo de Azcárraga y Palmero, para tener á su inmediación un ayudante de órdenes, en vista de las circunstancias especiales que en él concurren, por haber «desempeñado en tres ocasiones la Presidencia del Consejo de Ministros y el cargo de Ministro de la Guerra, y además el de Presidente del Senado, por lo cual, así como también por pertenecer á la insigne Orden del Toisón de Oro, está obligado á concurrir á muchos actos palatinos y á otros de distinto género, para los cuales es invitado oficialmente».

¡Lástima que resoluciones tan nobles, tan laudables y tan acertadas, vayan encerradas en el mezquino marco y en los estrechos moldes de la fraseología oficial!

Hubiérase puesto en la Real Orden dirigida al general Ximénez de Sandoval aquella fuerza de expresión y aquel vigor de lenguaje que demandaba el memorable hecho que la originara; descubriérase en el texto un indicio siquiera, expuesto con sinceridad y desnudez, del aprecio que merece la conducta del general, y la sencilla y al parecer insignificante concesión habriase convertido en un galardón máspreciado que la mayor recompensa material: porque esa Real Orden no es otra cosa que un público testimonio de distinción y aprecio, revelado de un modo singular con motivo de las honrosas cicatrices que, verdadera corona del soldado, ornán las sienes del general Ximénez de Sandoval; testimonio que al traducirse y exteriorizarse en la autorización para usar una prenda de uniforme no reglamentaria en ciertos actos, patentiza aun mejor que una condecoración ó que los distintivos de elevada autoridad, que el agraciado se ha hecho acreedor á la gratitud de la patria.

Análogas consideraciones nos sugiere la Real Orden que se refiere al ilustre general Azcárraga. Los dilatados y eminentes servicios, en paz y en guerra, desde los puestos más difíciles y delicados, en circunstancias verdaderamente críticas, y los relevantes méritos y talentos de general á quien tanto deben el ejército y la nación, son universalmente conocidos y justifican cuantos honores y gracias pudieran concederse á varón que ostenta los timbres más envidiables. Y como del grado é importancia de

una distinción se ha de juzgar por lo que se prodiga ó se reserva, las menores concesiones, si envuelven carácter de excepción, pueden convertirse y aun superar á las mejores, que es lo que acontece con esta Real Orden.

Pero en ella notamos sobra de palabras y excesiva y manifiesta tendencia á caer en el rutinarismo del *resultando* y *considerando*. Es tan elevada y notoria la personalidad del general Azcárraga, que bastaba la enunciación de su nombre y media docena de frases sentidas y sinceras; no ha debido justificarse la gracia con el recuerdo de algunos de los supremos cargos y honores del general, pues por encima de ellos están los servicios y los méritos del agraciado.

Con todo, fuera de estos pequeños defectos de forma, debidos á lo arraigado que está entre nosotros el incoloro estilo oficial, las dos Reales Ordenes á que nos hemos referido han sido recibidas con general agrado, tanto por recaer sobre ilustres apellidos, como porque demuestran que en los altos centros directivos late un alma vigorosa cuyos impulsos se perciben á través del rígido y enjuto ropaje de la fórmula, del reglamento y del precepto.



EL COMBATE DE LA INFANTERÍA JAPONESA

Basada la instrucción de las tropas japonesas en reglamentos que son trasunto fiel de los que rigen en Alemania, tienen un doble interés las observaciones sobre los métodos de combate de la infantería japonesa, comunicadas por un eminente oficial extranjero, testigo presencial de las grandes batallas de la Mandchuria.

El ataque de la infantería no se desarrolla siguiendo esquema ni norma de ninguna especie. Los jefes superiores, lo mismo que los subalternos, sienten á la vez el deseo de abrumar al enemigo con la superioridad de sus fuegos, y de esta unidad en el objeto del ataque resulta, aun con diversidad de procedimientos, la unidad de acción y el éxito.

En el combate se procura dar á la línea de fuego la mayor fuerza posible, desplegando desde el primer momento compañías enteras, con muy poco intervalo entre los tiradores y sin conservar reservas ni sostenes.

Esta primera línea de fuego avanza continuamente y con toda rapidez hasta llegar á una posición en la que empiezan á notarse los efectos del fuego enemigo.

Siguen á retaguardia otras dos líneas que avanzan desplegadas en guerrilla, cuando sólo sufren el fuego de la infantería enemiga. Los movimientos de estas líneas bajo el fuego de las piezas del adversario se efectúan formando las secciones de cada compañía en columnas por pelotones ó de á cuatro, con intervalos de 20 á 30 metros. Esta misma dis-

posición se conserva para pasar á vanguardia de una línea de tiradores ó de una posición de artillería.

La utilización de los accidentes del suelo es regla que los japoneses observan con un rigor muy escrupuloso. Para no desaprovechar ni la más ligera ondulación del terreno, rompen las compañías de á cuatro ó de á uno. De esta manera, y dando el soldado japonés brillantes pruebas de astucia y destreza, logra en muchas ocasiones aproximar líneas de tiradores á 400 ó 500 metros del enemigo, sin que éste haya podido descubrir tal avance. Cuando el terreno no presenta abrigo alguno, no se cuidan las fuerzas japonesas de contestar á los fuegos por descargas de las secciones rusas hasta que distan de éstas 700 ú 800 metros, y no es extraño tampoco el ver empezar el fuego á distancias superiores á 1.000 metros.

Evitan siempre los japoneses el ataque de frente contra aquellos puntos de la posición enemiga que consideran muy fuertes; procuran obtener ventajas sobre puntos más débiles y desde aquellos avanzan por medio de movimientos envolventes contra los puntos que el enemigo sostiene con mayor energía.

Desde que se rompe el fuego, se acentúa más la prontitud del avance. La primera estación de fuegos dura pocos minutos y empieza en seguida el avance á saltos, siendo éstos de 80 á 100 metros, cuando son compañías los que los efectúan, y más cortos, si por circunstancias especiales se ordena el avance por secciones, grupos ó individuos sueltos. Los oficiales dan el impulso colocándose al frente de la línea acompañados de algunos soldados. El asalto de la posición enemiga empieza á distancias comprendidas entre 400 y 300 metros, pero se ha presentado el caso muy frecuente de que ambos adversarios permanecieran horas y horas en fuego, uno enfrente del otro, á distancias de 150 á 50 metros, sin llegar al acto decisivo.

Esta imposibilidad de ambos adversarios para resolver el empeño táctico, ha originado la necesidad de los ataques nocturnos, aplicados repetidamente en la actual guerra lo mismo cuando se trata de terminar un combate que para empezar uno nuevo.

Da una idea completa de la forma como combaten de noche los japoneses el relato del ataque efectuado por una división y una brigada de reserva contra dos colinas del centro ruso en la noche del 11 al 12 de Octubre (batalla del Sha).

Mandaban las alas de la línea de combate los dos generales de brigada, mientras que la reserva principal situada en 3.^a línea estaba á las órdenes del general de la división. El primer escalón lo constituían seis batallones desplegados en tiradores sin intervalos. Détras, á 40 ó 50 metros de distancia, seguían en 2.^a línea ocho batallones en línea de columnas, y en la 3.^a línea, distante de la 2.^a de 100 á 150 metros, formaron nueve batallones en columna doble.

Todas las tropas destinadas al ataque llevaban como distintivo un ancho brazal blanco, pues la práctica ha demostrado que el soldado combate de noche con mayor confianza y no está tan expuesto al pánico, cuando puede reconocer á sus camaradas en cualquier momento.

Las dos colinas que habían constituido durante el día el objetivo de ataque de ambas alas se proyectaban en medio de la obscuridad sobre un cielo estrellado. Algunas patrullas de soldados de bravura bien probada precedían á la línea de combate y estaban encargadas de hacer una señal convenida tan pronto como encontraran al enemigo. Se ordenó á la tropa que no disparara el arma en ningún caso y que avanzara sin detenerse. Los japoneses no arman la bayoneta á la voz de mando; cada individuo lo hace por iniciativa propia al encontrarse cerca del adversario ó cuando se propone abordarlo.

A la 1 de la noche el débil resplandor del incendio de una pequeña choza inmediata al cuartel general de la división fué la orden de comenzar el ataque. A eso de las 3 de la madrugada había llegado la primera línea á 300 metros del enemigo, sorprendiendo y copando sus puestos avanzados. Los disparos sueltos que en esta ocasión hicieron los rusos pusieron en alarma las tropas de la posición principal, y empezó el fuego de la artillería enemiga, aunque sin resultado. También la artillería rusa, cuando los japoneses distaban de ella sólo 100 metros, rompió un nutrido fuego que causó muy pocas bajas porque el soldado enemigo tiraba muy alto. El ala izquierda japonesa tuvo sin embargo que detenerse y sostener el combate por medio del fuego, mientras el ala derecha entraba á la bayoneta en una parte de la posición enemiga y cambiando de frente á la izquierda atacaba de flanco las unidades rusas que todavía resistían en el ala opuesta. El enemigo, ante esta combinación de esfuerzos, tuvo que evacuar en desorden toda la posición, y ésta cayó en poder de los japoneses á las 4 y media de la madrugada.

Caracterizan, en resumen, los métodos de combate de la infantería japonesa:—la libertad más absoluta en la elección de las formas y procedimientos; el empleo de líneas de tiradores muy densas; el afán por cerrar con el enemigo para producir por medio del fuego el acto decisivo; una gran destreza en el aprovechamiento de las circunstancias y de los accidentes del terreno; y una movilidad y flexibilidad que permiten hacer frente á las más variadas contingencias de la lucha.

MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de E. M.

UNA CARTA INTERESANTE

Sr. Director de la REVISTA CIENTIFICO-MILITAR:

La benevolencia con que se sirvió V. acoger en su notable REVISTA un insignificante escrito mío, me mueve á molestarle de nuevo en súpli-

ca de que, si lo cree oportuno, procure V. atraer la atención del público militar y especialmente del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra hacia un punto importantísimo que no comprendo cómo ha quedado sin la necesaria aclaración.

Si el ejército ha sido creado para la guerra y es el instrumento de que en caso de un conflicto se vale la patria, toda organización militar, buena, mediana ó mala, ha de ser organización para la guerra; la reducción de efectivos en tiempo de paz débese á la necesidad de disminuir los gastos en lo posible, pero esta reducción no creo que signifique que en tiempo de paz la organización sea una y otra en tiempo de guerra, porque mal podríamos prepararnos para una campaña si al romperse las hostilidades hubiéramos de abolir lo existente para crear un organismo completamente nuevo. No para las necesidades, teóricamente nulas, del tiempo de paz, sino para las del tiempo de guerra, mantienen las naciones sus ejércitos, y por consiguiente á ellas hay que atender, y nada más que á ellas, al organizar las tropas en personal, ganado y material.

Recientemente, hace pocos meses, el ejército ha sufrido una radical reorganización, funcionando desde entonces nuevas unidades y organismos, y habiéndose transformado no pocos y suprimiéndose algunos.

Pues bien, es el caso que ni en el articulado del Decreto, ni en los minuciosos estados y cuadros que le acompañan, y donde se detalla la composición de cada unidad, he podido encontrar lo relativo al pie de guerra; tal vez se ha dictado alguna disposición anterior á la que previno la reorganización, ó alguna aclaración posterior, pero no he sabido dar con ella, y en tal caso culpa será de mi ignorancia cuanto voy diciendo. Sin embargo, si no estoy equivocado, la reorganización dicha deroga todas las anteriores y establece sobre nuevas bases la actual. Y como los reglamentos tácticos en todas sus manifestaciones se redactaron partiendo de principios que han dejado de estar en vigor, se ocurre naturalmente la pregunta ¿es que cuanto rezan esos reglamentos relativo al pie de guerra subsiste sin modificaciones, ó es que por circunstancias ajenas á la voluntad del legislador no ha aparecido todavía la organización definitiva del ejército en tiempo de guerra? En el primer caso ¿cómo aplicar los reglamentos, escritos para unidades de composición diferente á la actual?; y en el segundo ¿es posible que siga y continúe laguna de tanto bulto, que equivale á decir que hay un ejército cuya organización de guerra no ha sido prevista ni dispuesta?

Como se comprenderá fácilmente, la cuestión es de capital interés, y no puede quedar mucho tiempo en el aire, porque no me explico que á estas fechas ignoremos cuáles han de ser los efectivos en pie de guerra de la compañía, batallón y regimiento en cada una de las armas y cuerpos del ejército; qué ganado y material corresponde á dichas unidades,

y cómo se efectuará, sin vacilaciones ni prisas de última hora, el paso del pie de paz al de guerra.

Esta laguna despierta en mí el temor de que dé motivo á copiosa é inacabable materia legislativa, que agravará el mal en vez de ponerle remedio.

Si, como sospecho, el pensamiento que guió al autor de la reforma, fué que el Estado Mayor Central por él creado pusiera mano y resolviera á conciencia este asunto, creo que han transcurrido bastantes meses para que la labor de dicho elevado Centro hubiera dado señales de existencia en este punto.

La funesta influencia de la política en la labor de nuestros Ministros de la Guerra es, á todas luces, la causa de la omisión que lamento; porque es indudable que si el autor de la reforma hubiera dispuesto del tiempo preciso para desarrollarla por completo, no tendría razón de ser esta carta; y así mismo me figuro que los posteriores Ministros de la Guerra han dejado íntegra la cuestión al Estado Mayor Central, con el laudable objeto de sustraerla á las mudanzas é inestabilidades de los Gobiernos.

De todos modos, creo que sería muy conveniente se hiciese saber, bien de un modo officioso, ya tomando como pretexto cualquier punto incidental, ó por una disposición que pudiera servir de partida á otras sucesivas, lo qué hay en el fondo de este asunto cuya importancia no es menester encarecer.

UN ASPIRANTE Á VETERANO.

LOS IDIOMAS EXTRANJEROS DESDE

EL PUNTO DE VISTA MILITAR

De un interesante artículo que en la *Revista Militar* portuguesa ha publicado bajo el mismo título el capitán de artillería Sr. Teixeira Botelho, extractamos los siguientes curiosos datos, que demuestran la atención que con sobrado fundamento se concede en los principales ejércitos al estudio y divulgación de las lenguas extranjeras.

En Francia, el idioma alemán es objeto de una ley especial. Exigese un examen de esta lengua para ingresar en las escuelas Politécnica y de Saint-Cyr, continuándose el estudio de ella dentro de ambos establecimientos de enseñanza. Los candidatos á la Escuela Superior de Guerra sufren un examen muy riguroso, hasta el punto de que muchos aspirantes solicitan licencia, que les es fácilmente concedida, para permanecer algunos meses en una nación donde se hable el alemán, con objeto de perfeccionarse en el manejo de esta lengua.

Además del alemán, obligatorio, los candidatos á ingreso en una escuela militar pueden solicitar ser examinados de inglés, italiano, espa-

ñol ó ruso, lo que les vale mejorar sus notas de calificación.

En la Escuela Superior de Guerra se creó hace algunos años una cátedra de ruso, y el oficial que en cada promoción se distingue más en el conocimiento de este idioma, tiene derecho á una licencia para Rusia, gozando el sueldo íntegro y una importante gratificación.

Todos los oficiales y sub-oficiales que conocen algún idioma extranjero, además del obligatorio, disfrutan de ciertas ventajas y sus nombres son publicados en el Diario oficial é inscriptos en registros especiales. Algunas de estas listas son verdaderamente curiosas, por que figuran en ellas muchos oficiales de todas las graduaciones y simples sub-oficiales como concededores de las lenguas y de los variadísimos dialectos de las diversas regiones, tales como el annamita; los dialectos chinoscos quanhoa, man, thai-muong y tho; el malgache con sus variedades hova y sakalava, de Madagascar; el árabe y sus derivados yoloff, moro y bambara; las lenguas del Dahomey y del Congo, y otras varias.

En las escuelas militares inglesas de Sandhurst y Woolwich se estudia el francés y el alemán, siendo uno de ellos obligatorio y facultativo el otro. Nuevamente se estudia uno de estos idiomas para obtener el diploma de Estado Mayor, y los oficiales que se hallan en posesión de este diploma han de probar que poseen el francés para tener derecho á desempeñar ciertos servicios del Estado Mayor. La inmensa mayoría de los oficiales británicos optan por el francés, siendo relativamente pocos los que conocen al alemán.

Aparte de esto, en los meses de Abril y Octubre se reúne en Londres un tribunal para examinar á los oficiales del ejército ó de la marina que desean probar sus conocimientos en cualquier lengua europea ú oriental. Los examinados, pueden ser aprobados simplemente ó recibir el título de intérpretes. Los primeros tienen derecho á una licencia de seis meses para el extranjero, con objeto de prepararse mejor y aspirar al título de intérpretes. Estos, que disfrutaban de beneficios pecuniarios, son llamados cada cinco años para traducir un texto, y los que han abandonado el cultivo del idioma y no lo interpretan bien, se ven obligados á examinarse de nuevo en el siguiente año, siendo borrados de las listas de intérpretes los que no salen bien de esta segunda prueba. El orden de preferencia que los oficiales ingleses suelen dar á las lenguas extranjeras es el siguiente: francés, alemán, español, portugués, italiano, dinamarqués, holandés, ruso, griego moderno, árabe, turco y chino. Recientemente, el gobierno ha promovido la enseñanza del ruso y del japonés, contra la opinión de muy distinguidos militares, entre ellos el conocido almirante Sir Bridge, que sostiene que los idiomas más útiles son, por este orden, el francés, el español, el italiano y el portugués.

Los oficiales que sirven en la India tienen la obligación de dedicarse al estudio de aquellas lenguas, influyendo mucho en los ascensos el gra-

do de suficiencia demostrado en esos estudios. Raro es el oficial que no conozca alguna de las lenguas indígenas de aquellas colonias.

La enseñanza secundaria en Alemania es excelente y muy superior á la de otros países. La selección es rigurosa y verdadera, y el alumno que termina la segunda enseñanza posee una esmerada cultura. El francés obligatorio y se aprende bien, poseyéndolo los oficiales que proceden de la segunda enseñanza, á la vez que los que provienen de la clase de cadetes conocen el francés y el inglés, cuyo estudio forma parte de los programas de las escuelas de cadetes. En la Academia superior de guerra se estudian el francés y el ruso, que son los dos idiomas cuyo desarrollo merece más protección de los directores del ejército.

Para fomentar la afición al ruso, celébranse anualmente exámenes de esta lengua en la Academia de Guerra, á los que concurren no solo los que siguen los cursos de Estado Mayor, sino cuantos oficiales lo deseen. Los que obtienen la nota de *Muy Bueno* reciben una gratificación de 1.000 marcos (1.250 pesetas supuesto el cambio á la par) y obtienen una licencia de tres meses, con todo el sueldo, para residir en Rusia. Además de estos premios concedidos á los oficiales que no pertenecen á la Academia, existe otro de 4.500 marcos (1) que lleva aparejada una licencia de seis meses, para el oficial que al terminar los estudios de Estado Mayor obtenga la mejor nota en el examen final de lengua rusa.

Los oficiales holandeses salen de la Academia Militar, de Breda, ó de las filas después de pasar por la Escuela Militar, de Kampen. Para entrar en el primero de estos establecimientos es necesario haber cursado la segunda enseñanza ó salido de Escuela de Cadetes, y tanto en un caso como en otro el oficial ha tenido que estudiar el francés, el inglés y el alemán. Los que proceden de las clases de tropa han de ingresar, antes de ser promovidos á oficiales, en la Escuela de Kampen, en cuyo examen de ingreso figura el francés, idioma en el que se perfeccionan dentro de la Escuela, estudiando al mismo tiempo el alemán. Conviene advertir que este último idioma resulta facilísimo á los holandeses por las grandes afinidades que tiene con el habla nacional.

Para los oficiales del ejército de las Yndias es obligatorio el malayo, que se enseña en Breda y en Kampen. En la Escuela de Guerra se estudiaba también el javanés, obligatorio para los que aspiran á pertenecer al Estado mayor colonial; aparte de estos oficiales, los demás de Estado Mayor no se ven obligados á conocer más lenguas que sus compañeros del resto del ejército.

(1) 5.625 pesetas.



LA INICIATIVA Y LA RESPONSABILIDAD

He aquí dos conceptos que parece han de ser, más que compañeros, inseparables hermanos, creciendo el uno cuando se vigoriza el otro, ó manteniéndose raquítico el segundo si el primer no sale del estado de embrión.

En el amplio y genuino sentido del vocablo, no se concibe en la milicia iniciativa sin responsabilidad, pero tampoco cabe exigir esta si no se ha ejercitado la primera. Mas como cada país tiene sus costumbres y una especial manera de ser, á nosotros nos ha cabido el extraño privilegio—no de siempre, sino tan solo de ahora—de que cuanto mayor sea la iniciativa más se debilite la responsabilidad, y que, en compensación, se deje la responsabilidad como patrimonio exclusivo de los que han visto huir de su lado á la iniciativa.

En realidad podríamos poner punto á estas líneas, y tal vez con ello ganaran en fuerza, porque basta pronunciar las dos voces que hemos estampado arriba para que cada cual sepa á qué atenerse. Pero como aún no hemos llegado, ni ese es el camino, á los tiempos en que el pensamiento se exponga en forma brevisima de máximas y sentencias, seguiremos la costumbre y daremos salida á algunas, muy pocas, de las innumerables reflexiones que tan abundoso tema ofrece á quien se detiene á meditarlo.

Hojeamos los reglamentos alemanes, y todas sus páginas están llenas de ardientes llamadas á la iniciativa de los capitanes, y, por de contado, de los jefes de batallón y regimiento; no ya en campaña, en el campo de maniobras, en los ejercicios preparatorios, sino en la instrucción de cada unidad, desde la simple compañía á la compleja división, sus jefes respectivos gozan ¡qué decimos, gozan! se ven obligados á desplegar una iniciativa verdad, sin que puedan escudarse ni guarecerse en las complicadas mallas y estrechísimos artículos de minuciosos reglamentos que por allí no se estilan. Pero, tras de la iniciativa verdad viene una responsabilidad no menos real, porque si á unos están reservados los rápidos ascensos, y el mando en comisión de unidades superiores á los correspondientes al empleo que se ejerce, otros se eternizarán de capitanes ó comandantes, ó recibirán prematuramente un retiro que lleva anejas pocas ventajas materiales.

El mismo espíritu palpita en los novísimos reglamentos franceses, aunque entre nuestros vecinos la responsabilidad, en bien y en mal, suele estar mistificada por la política y el favor, elementos perturbadores comunes á todo el país y no privativos del ejército, en el cual se manifiestan con relativo recato.

No hay para qué hablar del Japón, cuyo ejército, puesto de moda, está siendo, hace unos meses, más estudiado que ninguno otro. No sa-

bemos si la manifestación más trágica de la responsabilidad se hace allí espontáneamente ó no; en cuantos á iniciativa, nada tienen que envidiar á nadie los japoneses.

Y en la misma Rusia, tan duramente criticada, se permite, se fomenta y se promueve la iniciativa en todas las clases que por su ilustración pueden ejercerla de un modo inteligente y discreto.

No queremos amargar el corazón del bondadoso lector narrando lo que en punto á iniciativa acontece en otras partes; pero si diremos que es casi desconocida, y se tiene por pecaminosa y atentatoria á la disciplina, con ribetes de sediciosa. Y esto sencillamente porque se confunde el uso con el abuso, de suerte que se toma la iniciativa como sinóvima de independencia, de desobediencia y de indisciplina, de la misma manera que la responsabilidad no tiene otra significación que la de corrección y castigo.

Pero con ser este un mal muy grave cuyos efectos aparecen con deplorable frecuencia, no se ha detenido ahí la dolencia sino que ha llegado á revestir caracteres agudísimos que parecerían increíbles á los militares de hace cuarenta años, porque no es el superior quien absorbe la iniciativa que corresponde al inferior, sino este quien espontánea, deliberadamente y con vivas instancias si es preciso renuncia á ella y la abdica en favor de aquel; al mismo tiempo que así se enajena el ejercicio de tan hermosa y necesaria facultad, brota en el espíritu como pavoroso fantasma la idea de la responsabilidad, de donde nace la irresolución, la consulta, la adulación, el oficio y el expedienteo. Bórrase la noción del mando, que queda así reservado á una docena de personas, y el oficial, según cual sea su categoría, se convierte en simple administrador ó irresponsable inspector! ¿Puede subsistir sobre estas bases el ejército, cuyas funciones y eficacia no se conciben sin el cumplimiento estricto de todos sus estrechos deberes, es verdad, pero tampoco sin el uso de la plenitud de sus derechos, tan necesarios como aquellos?

Los cuadros exiguos que hoy componen el ejército y lo rutinario de la llamada vida de guarnición, son parte á que muchos no se percaten de los peligros que entraña este estado de cosas. Los regimientos de asistentes, escribientes, ordenanzas y *destinos* se manejan con facilidad, y media docena de artículos y prevenciones son suficientes para que la tropa coma á las horas debidas, empuñe las armas de vez en cuando ó monte las guardias. Nada importa que el soldado vegete, el oficial se aburra, se pierda la instrucción, y todos acaben por perder de vista la finalidad de ejército y olvidar sus funciones particulares; pero ¡ay! del regimiento en que se inviertan en efectos de limpieza veinticinco céntimos más de lo prudencial, ó en que un soldado salga á la calle en traje que discrepe en un ápice de lo mandado!

No nos preciamos de conocer á fondo los mejores ejércitos extranje-

ros, pero algo sabemos y hemos visto de ellos, por lo cual podemos afirmar que hemos presenciado más allá de nuestras fronteras cosas que aquí escandalizarían al más indulgente; bien es verdad que tras de estas cosas se escondía un espíritu del que no tenemos idea.

¿Qué sucederá el día en que el general tenga que dedicar su atención á algo más que á oír consultas y resolver dudas sobre puntos que, á lo sumo, son del dominio del capitán, y los oficiales dejen de ser meros conductores de partes y órdenes y tengan que desempeñar unas funciones que ni han practicado ni nadie les ha enseñado?

El problema más trascendental á cuya resolución nos venimos aplicando hace veinte años se puede reducir esquemáticamente á lo que sigue: siendo el presupuesto de la guerra de a millones, y equivaliendo b soldados á un teniente, c tenientes á un capitán, d capitanes á f jefes, y h jefes á m generales ¿qué combinaciones ó reorganizaciones pueden hacerse para que asciendan tantos subalternos, capitanes, comandantes, etc., etc.? Como es natural la solución, variable en la forma, es siempre en esencia la misma: se suprimen soldados, se suprimen músicos, se suprimen mulos. Esto no perjudica ni descontenta á nadie y favorece á unos cuantos; claro es que en el día del peligro esta manera de proceder puede poner en grave aprieto la patria, pero ¿quien puede responder del porvenir, ni saber lo que ha de suceder mañana?

Convertido de esta suerte el regimiento en compañía y la división en regimiento, descienden *ipso facto* y por la fuerza misma de las cosas, quiéralo ó no el reglamento y aún contra la voluntad de los interesados, el Coronel á Capitán y el general de división á Coronel; aún así cabría todavía una cierta iniciativa y una saludable responsabilidad, pero como la primera es imposible porque en la compañía, dígase regimiento, además de primer jefe hay tenientes coroneles, varios comandantes, muchos capitanes y más subalternos, todos los cuales son otras tantas ruedas en que aquella se gasta y desaparece, y una cosa análoga ó tal vez peor ocurre con las brigadas y divisiones, resulta que á la postre solo subsiste la responsabilidad, no ya saludable, pero funesta porque falta la iniciativa.

Muchas veces hemos oído lamentarse de esta situación á ilustres personalidades del ejército, y con frecuencia la deploran los más humildes subalternos; con todo, la crítica más enérgica, más espantosamente humana que de ella se ha hecho, se debe al general Stössel, el defensor de Port-Arthur. Recordamos haber leído en los días de la capitulación un telegrama en que aquel caudillo pintaba con negros colores la horrible situación de la plaza, y demandaba misericordia á su soberano para que se dignase otorgar su perdón si llegaba el caso de rendirse; puntualizaba las bajas, describía los horrores del bombardeo, hacia hincapié en los estragos del escorbuto, notaba la escasez de municiones y provisiones,

declaraba los nombres de los generales y jefes superiores que habían muerto ó sido heridos; y agotados ya todos los tonos más sombríos y enérgicos, no sabiendo como poner remate al lastimero cuadro, dióle la última pincelada exclamando ¡las compañías han quedado reducidos á un efectivo de setenta hombres!

¡Setenta hombres! De punta se nos pusieron los pelos al leer esta cifra y transportar el pensamiento en vuelo rapidísimo desde Port-Arthur á otros lugares más cercanos. Es decir, que el general Stössel consideró y dió á conocer al mundo, que la heroica y épica defensa de Por-Arthur era imposible y que la guarnición se hallaba más que desorganizada y quebrada, deshecha, porque el *efectivo* de cada compañía había descendido á setenta hombres. ¿Qué hubiera pensado de los efectivos de treinta hombres con que en otras partes se conceptúa que están asegurados el honor y la integridad nacionales?

Esta es la clave del círculo vicioso en que nos movemos. No hay soldados, y faltando soldados no hay ni puede haber ejército, cuyos últimos alientos quedan sofocados por la balumba de minucias, formalismos y pequeñeces que lo mantienen en una atonía letal y deprimente.

Sacúdase la inercia, despiertese la iniciativa, practíquese la responsabilidad, pero, antes, en lugar de dar rienda suelta al inmoderado prurito de reglamentarlo y proveerlo todo, que ha invadido los diversos órdenes de la administración del Estado, y ha penetrado hasta en las más humildes jerarquías, coloquemos á cada cual en su puesto, nunca en otro inferior; si no hay bastantes soldados redúzcase el número de regimientos y el de brigadas y divisiones, y los escasos recursos de que en lo sucesivo pueda echar mano el presupuesto de la Guerra, inviéntanse en la formación de nuevas unidades verdad. Después de esto, dejémonos de reformar, reorganizar y regenerar la parte externa y formal, y cuidemos, que es lo que importa, del alma, del espíritu del ejército. Todo lo demás será un cambio de postura, pero el enfermo no experimentará el menor alivio, y con cortas diferencias las cosas seguirán como hasta aquí.

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.



EL EJÉRCITO RUSO JUZGADO POR UN OFICIAL ALEMÁN

El último *Cuaderno trimestral sobre arte y ciencia militar* publicado por el Gran Estado Mayor alemán contiene un notable artículo titulado: «Los rusos en las guerras del pasado» en el cual el teniente coronel y jefe de sección de dicho Centro, barón von Freytag-Loringhofen, hace un estudio minucioso de las virtudes y defectos del ejército ruso. Por el interés de actualidad que encierran extractaremos los siguientes juicios:

Las excelentes cualidades del soldado ruso son conocidas. La sobrie-

dad y resistencia, el valor y la disciplina lo han distinguido en todos los tiempos. Nuestros generales de la época en que prusianos y rusos combatían unidos contra Napoleón alaban encarecidamente las tropas rusas.

Y á pesar de este excelente soldado, las guerras de Rusia presentan muchos fracasos. En su historia se reproducen una serie de fenómenos que son típicos é imposibilitan que la tropa sea en manos del jefe superior un instrumento absolutamente útil y capaz de satisfacer todas las exigencias de un método de guerra audaz.

La bayoneta se ha considerado siempre como la verdadera arma del soldado ruso, y para demostrar su importancia simbólica la lleva siempre armada. Es sorprendente que no tuvieran resultado las enseñanzas de Plewna ó que hayan quedado en el vacío las opiniones manifestadas en favor de una táctica de fuegos racional y de una conveniente utilización del terreno. El que predominen en toda su integridad las teorías de Dragomiroff sobre la importancia de la bayoneta, hay que atribuirlo en primer término á la idolatría que el nombre de Suvoroff inspira á los guerreros rusos, y también á la circunstancia de haber reconocido el mismo Dragomiroff que la instrucción individual, tal como la reclama el combate de tiradores, no se acomoda á la naturaleza del soldado ruso, existiendo además la necesidad de hacer resaltar de un modo popular el principio moral. Sin embargo, Dragomiroff ha sido el que en los últimos tiempos ha señalado á sus compatriotas la gran importancia ética de las teorías de nuestro Clausewitz. Ha reconocido que éstas representaban la verdad de la guerra y no un sistema vano como el de Jomini que durante generaciones ha estado influyendo en las ideas del Estado Mayor ruso. La fe en la omnipotencia de la bayoneta rusa ha sido pues una ilusión, como acaba de confesar Dragomiroff, aunque con algunas reservas, en vista del fracaso de la táctica rusa en el Extremo Oriente, en su «Última profesión de fe» inserta en la revista militar *Rasviädchik*.

La bayoneta rusa ha tenido en los combates cuerpo á cuerpo una importancia local limitada, según se ha visto en la guerra de posiciones del Asia oriental; pero también se ha demostrado de un modo evidente que las grandes frases del sonoro y rico idioma ruso no son suficientes para ocultar el hecho innegable de que el espíritu ofensivo no está encarnado en el ejército ruso.

No podía ser de otra manera, pues con razón dice Leroy-Beaulieu en su obra *L'empire des Tsars et les Russes*: «Una de las cualidades que el clima y la lucha contra la naturaleza han desarrollado más en el gran ruso, es el valor pasivo, la energía negativa, la fuerza de inercia.... La vida, de acuerdo con la historia, ha formado el gran ruso con un estoicismo que no encierra en sí el estoicismo procedente de un sentimiento de debilidad y no de un sentimiento de orgullo, y que algunas veces es demasiado sencillo, demasiado ingenuo para aparecer siempre digno. Nadie sabe sufrir como un ruso, nadie morir como él. En su valor tranquilo, ante el sufrimiento y la muerte tiene la resignación del animal herido ó del indio prisionero, pero realzado con una serena convicción religiosa».

En realidad, un clima implacable, la dominación de los tártaros, y el despotismo de un Yvan el Terrible han dejado profundas huellas en el pueblo ruso, y no es posible encontrar terreno adecuado para que fructifique la actividad del soldado y la iniciativa del mando; todo lo más que produce es una gran resignación, como la que hemos notado última-

mente en el Asia Oriental, resignación que no abandona nunca al ejército en cualquier situación desesperada, que se reparte por todas partes, que vive en aquellas heroicas mujeres que bajo el fuego de los shrapnels japoneses cumplen heroicamente sus deberes de caridad, y finalmente que se encuentra aún en circunstancias críticas y terribles, como no sería capaz de soportar ejército alguno.

Estos rasgos del carácter nacional ruso pueden seguirse á través de los siglos en la historia de todas las guerras. La analogía entre muchos sucesos de otras épocas y los de la guerra actual resalta por sí sola; particularmente en la guerra de Crimea las circunstancias fueron muy parecidas á las de hoy. Si se quiere tener un juicio exacto de los hombres á quienes se ha confiado el mando del ejército, es preciso ante todo no olvidar las circunstancias difíciles bajo las cuales se han visto obligados á obrar. La preparación insuficiente del ejército condujo en Rusia muchas veces á guerras, cuya crisis favorable no se producía sino después de grandes sacrificios, estérilmente consumidos. La enorme extensión territorial del imperio de los czares ha dificultado siempre una acción enérgica; solo en 1812 fué esta extensión una ayuda poderosa. A excepción de la guerra de Crimea, que estuvo influida por una situación política excepcionalmente desfavorable, todos los momentos de debilidad de las guerras anteriores fueron dominados con sobresaliente energía. Esta tenacidad corresponde á la naturaleza rusa y faculta para grandes proezas; pero raras veces basta para llegar á acciones decisivas con el solo impulso de las propias fuerzas.

BIBLIOGRAFÍA

APPEAL TO PRESIDENT ROOSEVELT IN BEHALF OF SIMON LAKE TO CANCEL CERTAIN HOLLAND SUBMARINE BOAT CONTRACTS AND TO ENFORCE THE STATUTORY AND CRIMINAL LAWS OF THE UNITED STATES; por J. C. Lake. Bridgeport, 1905.—16 páginas.

Interesantísima resulta la demanda elevada al Presidente Roosevelt por Mr. J. C. Lake, en representación de su hijo Mr. Simón Lake. Se trata sencillamente de una lucha entablada en el terreno del derecho entre el submarino *Protector* y el submarino *Holland*. El inventor del primero alega que se dió la preferencia al segundo faltando abiertamente á una ley votada en el Parlamento americano, y sin que fueran sometidos ambos submarinos á ensayos y pruebas de comparación; ensalza la superioridad del *Protector*, y denuncia graves irregularidades cometidas en este asunto.

Prescindiendo del aspecto legal de la cuestión y de la parte que importa casi exclusivamente á los inventores, el debate entre el *Protector* y el *Holland* reviste un interés más general, porque, á juzgar por lo que afirma Mr. Lake, robustecido en citas documentales, en esta materia de submarinos no es oro todo lo que reluce, ni se pueden tener por ciertas é indiscutibles las opiniones y los informes de las más competentes y prestigiosas autoridades.

Es de suponer que el inventor del *Holland* responderá al vigoroso ataque de su competidor, y que de la discusión brotará la luz que contribuya á disipar los misterios y nebulosidades que envuelven todo lo que se refiere á submarinos.

NOCIONES ELEMENTALES DE ARTILLERÍA NAVAL, por Arcaya Minchin.—Caracas, 1905.—32 páginas.

Como su título indica, este folleto es un conjunto de definiciones, máximas y principios, destinado á que las clases inferiores del ejército y de la marina conozcan lo más elemental y rudimentario del servicio de la artillería naval, y puedan prestar su cooperación inteligente y razonada en lugar de tomar en el ejercicio del fuego una participación puramente mecánica.

En su género el trabajo es completo y está muy bien compuesto; el lenguaje es preciso, claro, conciso, sobrio, y las ideas se destacan con fuerza y claridad. El señor Arcaya Michin ha tenido además el raro mérito de mantenerse en un acertado término medio, sin omitir ningún punto interesante, ni pretender tampoco dar un carácter demasiado científico á su trabajo, lo cual le hubiera despojado de su utilidad, que ahora resulta evidente.

Al alcance de todas las inteligencias, las *Nociones elementales de artillería naval*, escritas con verdadera maestría, forman una obrita muy apreciable, destinada á prestar positivos servicios, por lo que felicitamos á su distinguido autor, saludando en él á la brillante pléyade de escritores militares de los ejércitos de la América latina, á la que nos unen los indestructibles lazos de la sangre y del idioma.

EL INFANTE INSTRUIDO, por don José Ruiz Serrano, primer teniente de Infantería.—Sevilla, 1905.—154 páginas, 1.50 pesetas.

Libro modesto, pero muy útil. *El infante instruido* es una obrita escrita para el soldado, con ánimo de que sirva de base para la instrucción que debe darse en las escuelas regimentales. Comienza con las obligaciones del soldado, copiadas de nuestras inmortales ordenanzas; sigue un extracto de las leyes penales; la significación de los toques de corneta y tambor; el modo de nombrar y desempeñar los diversos servicios; el servicio de campaña; saludos; algunos oportunos consejos sobre urbanidad y modo de conducirse; tratamientos; insignias; descripción del fusil Mauser y ligeras nociones de teoría del tiro; y el haber del soldado y su distribución.

Debiendo darse la instrucción en las escuelas regimentales por los sargentos, bajo la inspección de los oficiales, es más conveniente acaso en estas escuelas que en cualquiera otra, la adopción de un texto apropiado que sin redundancias, con método y claridad facilite al soldado la adquisición de los conocimientos que debe poseer.

Creemos que el libro del señor Ruiz Serrano satisface esta necesidad, y es de sentir que no se le haya sometido al examen y revisión de los centros consultivos, que sin duda hubieran recomendado como se merece una obrita tan estimable.

Plácemes merece el señor Ruiz Serrano por la discreción y tino con que ha llevado á cabo su empresa, y digna de loa es la conducta y proceder de quien, como él, dedica sus ratos de ocio y su inteligencia al bien del soldado y al desarrollo de la instrucción y cultura de la tropa.

Felicitamos cordialmente al autor, esperando confiadamente que *El infante instruido* será debidamente apreciado y se vulgarizará en el Ejército.